

# El grande aniversario de 1924

## Ayacucho

EL 9 de diciembre de 1924 se cumplirá un siglo del día en que la América consolidó su Independencia. Nada hay que decir sobre la significación de esta esfemérides, porque suponer que haya quien la ignore o desconozca, es hacer agravio a la conciencia del mundo.

La batalla providencial se libró en suelo peruano, y el Perú, tradicionalmente espléndido y regido hoy por uno de los grandes hombres de América (1), hará de la conmemoración de Ayacucho una ara excelsa donde los pueblos cultos de la tierra vayan a refrendar su irrevocable adhesión a la libertad.

Bien conocidas son las ideas del Presidente Leguía sobre Bolívar y sobre Colombia. Frente a la actitud de algunos retardatarios alucinados que aún existen, él considera y ha honrado a Bolívar como el Héroe epónimo, el Genio, el Padre, el Sol vivificador de nuestra raza. En 1921, durante las fiestas centenarias de la proclamación de la independencia peruana y en la inauguración del Museo Bolívariano de La Magdalena, Leguía lanzó el programa salvador que tantos aplausos y tantos comentarios ha despertado en el Continente. «El afán de hoy, la necesidad inmediata y urgente—dijo ante los Embajadores del mundo—es la aproximación cordial entre los pueblos civilizados de este Hemisferio». Y refiriéndose especialmente a Bolívar, agregó: «En vuestras manos está, hermanos nuestros de las tres Américas, realizar el sueño del Prohombre americano, poniéndonos a la obra de unir en apretado lazo de un mutuo afecto, a todos los pueblos para quienes la mirada refulgente del Héroe fué como un sol de libertad».

Cuanto a Colombia, su programa cristalizó desde el 24 de marzo de 1922 en el Tratado que suscribieron ese día el Plenipotenciario de Colombia y el Canciller Salomón, uno de los más inteligentes, conscientes y eficientes colaboradores y más leales e íntimos amigos del Presidente Leguía.

Ese tratado no se ha publicado todavía, pero en relación a él se han hecho afirmaciones terminantes sobre estos puntos: es arreglo directo, no arbitraje; soluciona toda la cuestión de límites entre el Perú y Colombia y

las de tránsito terrestre y libre navegación fluvial, cuestiones que empezaron a debatirse en 1822 y mantuvieron por mucho tiempo en difícil situación las relaciones de los dos países; la línea entraña concesiones ambas partes y muestra un alto espíritu conciliador en ambas Naciones.

Es, este en verdad, un buen ejemplo de cordura y de comprensión de los intereses fundamentales del Continente. La vieja e insensata política de discordia entre pueblos americanos, o de aplazamiento sistemático en la solución de las divergencias de límites, hija unas veces de tendencias imperialistas y otras de timidez y cobardía para afrontar responsabilidades, ya pasó definitivamente a la Historia. Y el Tratado de 1922 entre el Perú y Colombia marcará siempre uno de los grandes jalones de la nueva y fecunda orientación americana.

Las Cancillerías y la Prensa del Continente, casi sin excepción, defienden con calor la tendencia a «solucionar» de que han dado tan claro ejemplo en los últimos tiempos Colombia, la Argentina, Chile, el Perú y otros pueblos. Y debemos confiar en que no cerrará el año centenario de Ayacucho, que hoy principia, sin que las cuestiones todavía pendientes queden

### Bolívar

*Para mi maestro de americanismo,  
don J. García Monge, en el REPERTORIO AMERICANO.*

Era la hora propicia de las renovaciones, las águilas andinas sacudían sus plumajes y por el derrotero de las constelaciones ya Colón regresaba del quimérico viaje.

Se dilató el imperio; los bravos infanzones domaron tempestades, abatieron boscajes y Cervantes y Cristo sobre nuevas naciones tuvieron reinos propios y vastos homenajes!...

Y en el ciclo glorioso que la América traza, completando la triada que sostiene la raza, se irguió sobre los montes, Dios fuerte y [colosal

Bolívar, y hubo entonces en los cuatro [horizontes, lluvias de estrellas, fuegos, bramas del [Aqueronte ¡y América encontraba su signo zodiacal!

CARLOS LUIS SÁENZ

Julio, 24, 1924.

racional y amistosamente solucionadas. Tal debe ser y es, hoy por hoy, la obra primordial de los verdaderos estadistas de América.

El tratado de 24 de marzo de 1922 selló definitivamente la querrela de un siglo entre dos naciones hermanas, que se parecen mucho, que se complementan y se necesitan, y que por desvío incalificable habían venido alejándose y hasta zahiriéndose por sistema. Los Congresos de los dos países estudiarán ese pacto y se pronunciarán sobre él en el presente año, y—salvo que un Hado adverso pese sobre ellos y los empuje al desastre—será aprobado y coronará la obra feliz de la conciliación. No en vano ha sido firmado después de cien años de discutir acerca de él los más ilustres estadistas de los dos pueblos, y ha sido firmado por un peruano que honra a la juventud de América con sus luces y que llegará seguramente a las más altas cumbres cívicas de su Patria, y por un colombiano que lleva en las venas sangre procerosa y ha consagrado su vida al servicio de la República.

El Centenario de Ayacucho encontrará, pues, a Colombia y el Perú fuertemente unidos, salvo, como queda dicho, que un Sino fatal los persiga. Y el sol del Centenario—el mismo que cabrilleó en la espada vengadora de Córdoba—los hallará sobre el Condorcunca preocupados otra vez por empresas de engrandecimiento y de gloria.

Tal es la expectativa y la esperanza de los buenos americanos, desde Washington hasta Buenos Aires.

La libertad del Perú como fin y corona de la obra libertadora general, fué la obsesión de nuestros Próceres. Bolívar desde de sus delirios proféticos de 1812, y a través de todas las vicisitudes de la campaña, sostuvo la tesis con fe y voluntad indomeñables. Y Santander, la figura central de la libertad granadina, el organizador de la victoria, el incansable colaborador y proveedor de Bolívar, recordemos que en octubre de 1819, a raíz del triunfo de Boyacá, al comunicar a Lord Cochrane la situación de estabilidad y progreso en que estaba nuestra Patria, le decía: «Las Provincias meridionales deben contar con la eficaz cooperación de la Nueva Granada para redimir al pueblo peruano de la servidumbre en que gime».

Después, cuando los ensayos y esfuerzos de los Próceres peruanos y del noble Protector argentino requirieron nuestra ayuda, no hay para qué repetirlo cien veces sabido de que acudimos con el mismo o mayor entusiasmo que a nuestras propias gestas nacionales. Recuérdense las fastuosas palabras—para no citar sino palabras—

(Pasa a la página 315).

(1) El Editor del REPERTORIO AMERICANO, desde luego, respeta este juicio, pero no lo comparte. Conste así.